

RACHEL HARTMAN

TESS DEL CAMINO

Traducción del inglés

Marta Torres Llopis

Título original: *Tess of the Road*

© de la obra: Rachel Hartman, 2018

Publicado originalmente por Random House Children's Books

© de la traducción: Marta Torres Llopis, 2019

© de las capitulares usadas en el texto: lian_2011/Shutterstock.com

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna: junio de 2019

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-16858-92-7

Depósito Legal: M-14124-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Scott, que ha estado en este camino conmigo mucho tiempo.

Prólogo



uando Tessie Dombegh tenía seis años y todavía era incontrolable, casó a su hermana gemela, Jeanne, en el patio de la casa de su infancia.

Es decir, la casó con el primo Kenneth. Tessie, envuelta en una de las togas de letrado de papá que sujetó con una incoherente cinta roja, interpretaba al sacerdote. *Raffy*, el sabueso, era la dama de honor (Tessie le había dado perspicazmente un ramillete de bocas de dragón).

Llegaba el final del verano, y el ciruelo dejaba caer la fruta sobre los senderos enladrillados del jardín como pequeñas bombas de ciruela que fermentaban al sol y emborrachaban a las abejas. Estas, la peor calaña de invitados a una boda, zumbaban en órbitas lentas y aterrorizaban al novio.

Tessie trasladó la celebración a una punta del jardín libre de abejas, donde la fuente del hombre verde, siempre obstruida con hojas, gorgoteaba y alborotaba y salpicaba agua a intervalos. El padre Tessie —era un clérigo, a fin de cuentas— se subió al murete bajo de la fuente y se volvió hacia la feliz pareja, forzando la solemnidad en su expresión mientras pasaba las hojas del pesado volumen que cargaba, igual que el sacerdote en la boda de la tía Jenny la semana anterior.

A diferencia del sacerdote de San Munn, el libro del padre Tessie no era el *Breviario de ritos*, sino el primer volumen de *Las aventuras del pirata porphyriano Dormidio y su valerosa tripulación*. Pasó rápidamente las páginas hasta que tuvo el relato «Dormidio y el erizo gigante de Balbolia» abierto delante, y entonces dijo:

—Oremos.

Rafy sacudió el ramo como si fuera una ardilla. Los pétalos salieron volando por todas partes.

Jeanne inclinó su dorada cabeza, coronada de claveles blancos y flores de madreselva rosa. Abrazaba un ramo de lirios amarillos contra el corpiño de su mejor vestido, el de terciopelo azul celeste con botones de plata que había llevado en la boda de la tía Jenny. (Tessie, de cabello oscuro, fue con el mismo vestido en verde, y después rasgó la falda trepando a la pérgola de glicinias de la casa del conde Julian, justo lo que le habían dicho mil veces que no hiciera).

A Kenneth, que no había sido informado de que se iba a casar ese día, le habían vestido precipitadamente con uno de los jubones más alegres de papá, de seda color vino; tenía nueve años y era más alto que las gemelas, pero todavía le llegaba hasta las rodillas. Dócil como una vaca, había dejado que Tessie le adornara los rizos pelirrojos con ramitos de guipsófilas, que más bien hacían que pareciera que había salido arrastrándose de debajo de un arbusto.

—Agacha la cabeza, Kenneth —le susurró a su primo, que miraba embobado al vacío—. Y tendrías que cogerle la mano.

—No quiero cogerle la mano —dijo Kenneth, arrugando la nariz pecosa y chata.

Era siempre tan obediente que esa resistencia pilló a Tessie por sorpresa.

—Tienes que hacerlo —le regañó—. Si no, la ceremonia no vale.

Kenneth puso los ojos en blanco y agarró la mano de Jeanne con una de sus mugrientas zarpas. Jeanne se ruborizó, y Tessie lo interpretó como un signo de felicidad y no de timidez. Esos dos estaban menos entusiasmados por casarse de lo que ella había previsto. Era un mal augurio para su gran experimento, a menos que pudiera darle la vuelta a las cosas.

Pasó una página y siguió con el servicio, recitando los votos. Ellos balbucieron sus respuestas, pero Tessie tenía una capacidad ferviente para ilusionarse y decidió que el Cielo podría oírlos, aunque ella no. Por fin pronunció la bendición final, las palabras con poder celestial que había memorizado durante la boda de tía Jenny:

—Por la autoridad que me conceden el Cielo y Todos los Santos, consentimos que esta pareja sea unida en matrimonio. Que dos corazones sean un corazón; dos vidas, una vida. Que lo que ha unido el Cielo no pueda separarlo ningún poder terrenal. Bendita sea toda iniciativa que emprendáis juntos y —aquí estaba lo importante, todo el propósito de Tessie— fecunda sea vuestra progenie. Bajo la mirada del Cielo, que así sea.

Tessie desplegó una sonrisa radiante por encima de su hermana y su primo. Ellos la miraron fijamente, con los ojos muy abiertos, como si hubiesen averiguado a qué se refería. *Progenie* era el código para los bebés, y Tessie, siempre curiosa, estaba a expensas de Kenneth y Jeanne para demostrarlo.

π

Mamá había dado a luz dos meses antes, y Tessie estaba tremendamente obsesionada por conocer el proceso. La única pista que le había dado mamá había sido la enigmática declaración:

—No puedes tener bebés si no estás casada.

Tessie había ponderado esas solemnes palabras sobre un bloque de hielo de la cámara frigorífica, dolorida por la azotaina que también había recibido. No conseguía encontrarle sentido. Si los bebés venían del interior de tu cuerpo (la barriga de mamá, ahora rebajada, era prueba de ello), ¿cómo sabía tu cuerpo que estabas casada? Si ella se esforzaba lo suficiente en simular que estaba casada, ¿podría engañarse a sí misma para tener un bebé?

Se había esforzado mucho en fingir; desde luego, nadie podía aparentar como Tess.

—Ah, ¡qué dichosa me siento de afrontar otro adorable día de casada! —se dijo al levantarse por la mañana.

Había servido una cena imaginaria y regañado a su marido imaginario, y le decía «buenas noches, vieja pasa» todas las noches mientras se quedaba dormida. Pero todo sin resultado. Su barriga no aumentó, y al final se aburrió de su imaginado esposo: era una verdadera carga, ¡que los Santos le dieran paciencia!

A diferencia de su madre, Tess podía renunciar a la vieja pasa en el momento que quisiera y volver con su primer amor: la piratería. Y eso es exactamente lo que hizo.

No obstante, la boda de tía Jenny había reavivado su interés por los místicos orígenes de los niños. Había claves entrañadas en el propio servicio, indicios de lo que había faltado en el experimento original. Lo primero era la bendición del sacerdote: «Fecunda sea vuestra progenie». Tal vez los Santos necesitaran recibir claro aviso de que ahora una estaba preparada para tener bebés. Lo segundo era lo acontecido después del casamiento: la llamada noche de bodas.

Aquello lo comprendía vagamente. Tía Jenny y el nuevo y llamante tío Malagrigo (un comerciante de vinos ninysh) se habían

marchado a algún dormitorio decorado de manera especial, entre las risas y guiños de los primos, tías y tíos Belgioso, que soltaban a voces malos consejos y les daban vigorosas palmadas en la espalda mientras subían la escalera.

Mamá no había participado en el jolgorio, sino que se había puesto pálida y demacrada, y se había ido a atender al bebé, Nedward, en un rincón tranquilo de la planta baja. Tessie y Jeanne habían intercambiado una rápida mirada que significaba: «Mamá está triste, ¿a quién le toca?». Era el turno de Tessie, a su pesar. Su bisabuelo, el conde Julian, acababa de pedir que sacaran otra tanda de postres, de modo que iba a perderse el mazapán.

Tessie se sentó obedientemente junto a mamá, dispuesta a absorber cualquier cuita que saliera de ella. Mamá le dio una palmadita distraída en la cabeza, como si Tess fuese su perro fiel, y le murmuró en ninysh a la tía-abuela Elise, al otro lado:

—Por supuesto que me alegro. Me alegro de no tener que preocuparme más por mi hermana pequeña o de cómo sobrellevar que diese a luz a un bastardo.

—Eres tan agria que podríamos encurtir remolachas dentro de ti —le respondió tía Elise en bajo—. ¿Qué quieres, un escrutinio al estilo samsamés, aventando las sábanas ensangrentadas al aire como una bandera de victoria?

Tessie aguzó el oído al oír lo de «sábanas ensangrentadas»; sonaba a piratas.

—Lo que quiero —continuó mamá con voz áspera y ofendida— es responsabilidad. Quiero que a los malvados se los castigue por sus pecados. ¿Acaso es mucho pedir?

Y entonces apareció *ella*, como un espíritu convocado ante la indignación de mamá: Seraphina, la hermanastra de Tessie. Entró

encorvada en la habitación, picoteando de su plato de postre con aire taciturno. Siempre parecía aburrida en las reuniones de los Belgioso. No eran familia suya, a fin de cuentas; Seraphina tenía otra madre, una temible madre dragona. Tessie y Jeanne se habían enterado a mediados del invierno y no les permitían contárselo a nadie, lo cual era una desgracia.

Tessie sabía que ese primer matrimonio era el pecado sin castigo de papá. Y para mamá, Seraphina era como una piedra en el zapato que le recordaba constantemente la clase de hombre que era él. Era espantoso que se hubiese casado con una saarantras, un dragón con forma humana, y luego cubriera su rastro; ahora que su esposa y sus hijas lo sabían, estaban obligadas a guardar su sórdido secreto, so pena de acarrear funestas consecuencias a todos.

Esa era la fuente de la amargura de mamá; la había conducido hacia la pareja de santos más cascarrabias y vengativos, Abaster y Vitt, que le brindaban un bálsamo para su sufrimiento, y sufrimiento para los malvados que la habían agraviado.

Tessie emitía sonidos tranquilizadores y amables aun cuando su cabeza empezaba a vagar en otras direcciones. Le habían asaltado dos descubrimientos más y tenía que analizarlos. Primero: al contrario de lo que le había asegurado mamá, tía Jenny podría haber tenido un bebé antes de casarse. Un bastardo, como había dicho ella; Tessie había oído la palabra, aunque no sabía qué significaba. Segundo: Seraphina no era totalmente dragona. Papá había tenido que ver en su concepción, lo que evidenciaba que era muy ingenuo ir por ahí fingiendo que estabas casada para quedarte encinta. Los varones de la especie (como papá o alguno de los anteriores novios de tía Jenny, los zánganos que mamá se había negado a tener en casa) estaban relacionados de algún modo.

Tessie sabía quién lo sabría: Seraphina, que tenía once años y lo sabía todo.

Le preguntó al día siguiente, pero eligió un mal momento. No era tan tonta como para ir a interrumpirla en medio de sus prácticas de música, ya que era capaz de arrancarle literalmente la cabeza de un mordisco, sino que le preguntó al encontrarla leyendo. Seraphina siempre estaba leyendo, así que no es que tuviera muchas opciones. Tessie abrió con cuidado su puerta para comprobar que se hallaba ahí y luego se subió al banco de la ventana.

—Podrías llamar, cara de gárgola —la amonestó Seraphina sin alzar la vista—. Es de mala educación no hacerlo.

Tessie jugueteaba con las cintas de su corpiño, casi demasiado nerviosa para preguntar. Pero había llegado hasta allí y, con voz apenas audible, preguntó:

—¿De dónde vienen los niños?

Seraphina, resignada, exhaló un fuerte suspiro.

—Anne-Marie acaba de tener uno. —Seraphina nunca llamaba «mamá» a mamá—. Salió de su interior, ¿o no lo te has dado cuenta?

Tessie se quedó cortada; no era estúpida. Esa no era la clase de discusión que entablar con Seraphina, aunque era capaz de demostrar en menos de un minuto que sí, que eras estúpida. Jaque mate.

—Como esa quigutl que vimos en el sótano el mes pasado poniendo huevos —sugirió Tessie, que trataba de parecer inteligente. Seraphina se estremeció.

—Igual de angustioso. Aunque sin sangre plateada ni cáscaras de huevo.

—Sí, pero... Para empezar, ¿cómo consiguió el bebé entrar en ella? —preguntó Tessie, inquieta.

—Se lo puso papá —respondió Seraphina, y pasó una página—. Como cuando se planta una semilla en un jardín.

Eso es. Ahí estaba la respuesta, aunque incompleta. Tessie insistió un poco más:

—Pero ¿cómo? ¿Cómo se planta una semilla dentro de otra persona?

—¡Por los huesos de los santos, tienes seis años! No te hace falta saber todo eso —exclamó Seraphina; su paciencia se había agotado de golpe. Tessie le había pisado el rabo al dragón sin saber cómo—. Esta es la causa de que seas un imán para los azotes, ¿entiendes? Porque nunca te callas. Eres el gato al que va a matar la curiosidad.

—Yo sólo quería... —empezó Tessie.

—Y yo quiero leer, pero ¿se me permite estar tranquila diez minutos? Pues claro que no —replicó Seraphina, y se puso de pie de un salto, dispuesta a sacarla de la habitación a empujones si era necesario. No hizo falta; la niña se dirigió presurosa a la puerta por sí sola—. La próxima vez, llama —soltó Seraphina—. O le contaré a Anne-Marie la clase de preguntas que has estado haciendo.

—Me dará una tunda —dijo amargamente Tessie desde fuera.

—¡Porque eres un imán para los azotes! —gritó su hermana, y Tessie no se atrevió a entretenerse más.

π

Y aquella había sido la gran equivocación de Tess el primer día de boda de Jeanne: había bendecido a la feliz pareja y luego los había conducido arriba, a la gran cama que mamá y papá solían compartir (esos días, mamá dormía en otra habitación con el bebé Ned). Una vez allí, habían improvisado. Ella creía que debía haber besos de por

medio, porque mamá siempre se escandalizaba si veía a tía Jenny besándose en público.

La niña acompañó a la dócil pareja al piso de arriba, donde había festoneado la cama con rosas...; bueno, con cuatro rosas. No era precisamente un festón completo, pero era todo lo que consideró que podía quitarle al trepador blanco de mamá sin que se notase. *Rafy*, el travieso lebrél, los siguió; saltó sobre la cama antes que nadie, ensuciando las sábanas con sus huellas, y ovilló su cuerpo trasijado entre las almohadas. Jeanne, que tenía miedo de *Rafy* a corta distancia, no paró de chillar mientras Tessie lo echaba de la alcoba.

—¡Niño malo! —gritaba—. ¡Deja de asustar a Jeanne!

Una vez apaciguado el alboroto, y tras darle a su hermana un par de abrazos para tranquilizarla, Tessie les ordenó que se metieran en la cama. Los recién casados empezaron a mostrarse incómodos; sobre todo Kenneth, que con sus nueve años debía de saber del asunto más de lo que hacía ver.

—Tess —dijo—, no hay por qué interpretar esta parte. Prefiero seguir con la parte en que hacemos como que estamos casados. Jeanne podría prepararme la cena.

Jeanne asintió con entusiasmo ante tal sugerencia.

—Estamos representando una boda —repuso Tessie, autoritaria—, no un matrimonio; y la noche de bodas es la parte más importante, después del sacerdote.

—Entonces, deberías hacer tú de novia —rechistó Jeanne, que instintivamente dejaba a Tessie interpretar los papeles más importantes.

—No —contestó Tessie, cada vez más irritada—. Yo soy el sacerdote y digo lo que hay que hacer. ¡Ahora besaos!

Pero los dos se habían convertido en sendos imanes con los polos iguales encontrados: no conseguían acercarse el uno al otro,

repelidos por algún campo invisible. Kenneth se quejó de que estaba mal besar a Jeanne porque no era su primo, sino su tío; lo cual era cierto: era el hermano menor de Anne-Marie, al que Tessie había declarado primo honorífico.

—En realidad, no debes casarte con tu tío —reconoció el chico con sensatez.

Jeanne, por su parte, se quejaba del aliento de Kenneth. Tenía la deplorable costumbre de comer cebollas como si fueran manzanas.

—¡Oh, por el amor del Cielo! —exclamó Tess por fin—. Sois unos críos.

Y a continuación se zambulló en la cama, buceó hasta Kenneth como un cocodrilo y le plantó un fuerte beso en su estúpida boca. Jeanne tenía razón respecto a su aliento, que era pasmoso, pero le agarró las orejas cual Dormidio sujetándose al mástil de su barco destrozado y luchando por su vida.

Fue, inevitablemente, cuando mamá irrumpió en la alcoba.

π

La azotaina, incluso para una niña apodada *imán para los azotes*, fue de antología. Tessie, a lo largo de años de castigos corporales, había aprendido a evadirse durante esas incidencias para hacer que le dolieran menos; estaría navegando por los oscuros mares cárdenos con Dormidio, y el escozor de sus nalgas se debería a los bancos astillados de su nave o, si era particularmente malo, al abrasador Trono de Ascuas en el que se había sentado para salvarle de daños.

Aunque mamá le hizo regresar al aquí y ahora de la manera más desagradable, no porque fuese muy severa, sino porque no paraba de llorar. Como es natural, su furia se desinfló antes de lo habitual; el

brazo le quedó colgando en el costado y el pecho le subía y bajaba con los sollozos. Tess le echó los brazos alrededor para consolarla, como si fuese ella la que acababa de recibir una paliza.

—No llores —dijo Tessie, acariciándole la mejilla al tiempo que brotaban tiernas lágrimas de sus propios ojos—. No volveré a hacer lo que sea que te ha puesto tan triste. Lo prometo.

—Jamás debes meterte en la cama de un muchacho ni besarle hasta que no estés casada, Tessie —respondió mamá cuando su respiración se apaciguó lo suficiente para permitirle hablar.

—No pretendía nada —se excusó Tessie acongojada, lo cual era mentira.

Mamá puso las manos sobre sus hombros y la miró a los ojos.

—Tienes que comprenderlo: a los muchachos y a los hombres les aquejan deseos corporales. Intentarán persuadirte y engatusarte para llevarte a la cama, pero debes resistir. «Si no vas a renunciar a la tentación, oh mujer, no hay salvación para ti. El Infierno arde más abrasador para las rameras impenitentes», dice san Vitt, que el Cielo lo guarde.

Tess, que no había entendido la mayor parte de la amonestación, asintió con gravedad. Memorizaría esas palabras; comprendería lo que quería mamá y viviría de acuerdo con ello con tal de que dejase de estar triste.

—No me acercaré a ningún chico. Pero Kenneth es mi tío, así que...

Mamá puso los ojos en blanco.

—Hablaré con él. Por supuesto que podéis jugar juntos, ¡sois familia!, pero nada de besuqueos. Ni... exploraciones.

«Nada de exploraciones» sonaba un poco inclemente. ¿Qué era Dormidio, sino un explorador? Aun así, Tessie accedió (habría accedido casi a cualquier cosa con tal de verla sonreír), pese a que le

mortificaba una pizca saber que Kenneth no fuera a recibir su parte de azotes correspondiente.

Por otro lado, él no había querido seguirle la corriente. Ella se había encargado de todo el besuqueo.

Mamá no lo había expresado de forma explícita; no tenía que hacerlo, no cuando años de azotainas habían hecho el trabajo por ella: había algo en Tess que no funcionaba bien. Era singular y espectacularmente defectuosa, lo que la exponía a pecados por los que una niña normal jamás habría sentido inclinación. Iba a costarle mucho más trabajo entrar en el Cielo que a alguien como Jeanne, cuya bondad parecía fluir sin ningún esfuerzo del interior de algún profundo manantial de virtud.

Con todo, Tess estaba decidida a conseguirlo. Y Jeanne no quería ir sin ella.

π

Las gemelas tenían la costumbre de meterse sigilosamente una en la cama de la otra para celebrar lo que llamaban su *reunión nocturna*. La noche siguiente a la boda falsa y la azotaina de antología, Tessie lloró en brazos de su hermana.

—¿P-por qué no es nunca feliz, Ne? —sollozaba Tess—. ¿P-por qué siempre empeoro las cosas?

—Averiguaremos la manera de ayudarla —aseguró Jeanne, acariciando el oscuro cabello de Tess—. Creo que a veces es injusta contigo. Está furiosa con papá, pero es más fácil desquitarse contigo.

Eso sólo hizo llorar aún más a Tessie. Jeanne tomó la cara de su hermana con ambas manos y dijo:

—Me tienes a mí, Sisi. Nos tenemos la una a la otra. Somos nosotras contra el mundo.

—Nosotras contra el mundo —repitió Tess con la voz ahogada por los sollozos.

Había fuerza en esas palabras y en las manos de Jeanne. La sentía. Poco a poco se calmó, hasta que encontró el camino hacia el sueño; y entonces soñó con piratas y se levantó renovada y lista para meterse otra vez en líos.

1



Las gemelas se habían llevado su costura matinal al Salón de Tapices, una de las salas de estar menos frecuentadas del palacio. A Jeanne le gustaba la tranquilidad y a Tess, los tapices, que representaban aventuras marítimas, incluyendo serpientes, icebergs y peces voladores. Una Tess más joven se habría acercado a los tejedores para preguntarles qué leyenda habían tratado de contar (ellos o sus antecesores); habría ido a revolver en la biblioteca en busca de referencias o habría preguntado al quigutl Piztka, que sabía una barbaridad sobre toda clase de serpientes.

Sin embargo, Tess, la dama de compañía, más apagada y de dieciséis años, no tenía tiempo para tales intereses enrevesados y esotéricos. ¿Quién habría vestido a la anciana *lady* Farquist si Tess anduviera corriendo egoístamente en pos de su propia curiosidad? Y aún más importante, ¿quién presentaría a Jeanne al mundo y le buscaría marido?

Jeanne, bordando en el otro extremo del diván, era demasiado dulce y tierna para hacerlo por sí misma. Si dejaran que se las arreglase sola, nadie en absoluto se habría fijado en ella.

—La velada de *lady* Eglantine es esta noche —decía Tess mientras hilvanaba un nuevo ceñidor sobre el vestido de satén azul de

Jeanne. También iba a añadirle cuentas de madreperla (había conseguido algunas de *lady* Mayberry a cambio de un succulento cotilleo) y nadie reconocería el vestido cuando lo hubiese terminado. Las gemelas Dombegh no podían permitirse mucha ropa nueva, por lo que Tess, la mejor costurera, había aprendido a procurarse recursos.

—¿No podríamos quedarnos en casa por una vez? —preguntó Jeanne, que apoyó su rubia cabeza en el respaldo del diván de pana y miró el patio nevado por la ventana—. Estoy cansada de todo esto.

¿Jeanne estaba cansada? Pues a saber el cansancio que sentiría la persona que la vestía, le arreglaba la ropa y llevaba sus mensajes. La que examinaba a los solteros elegibles y surcaba la traicionera maraña de intrigas de palacio sin pensar en sí misma, y todo por la felicidad de Jeanne y para que su familia estuviese a resguardo. *Esa* persona debía de estar condenadamente exhausta.

Tess hilvanó con fiereza, metiendo y sacando la aguja, y con la boca firmemente cerrada.

Las gemelas no tenían más alternativa que asistir a todas las veladas hasta que el futuro de Jeanne se resolviera. Tess miró con el ceño fruncido por encima de su labor, intentando seleccionar las palabras que más convencieran a su hermana.

—Me he enterado de que va a estar allí cierta persona —dijo, ladeando la cabeza y batiendo las pestañas.

Jeanne sabía a quién se refería y se ruborizó, aunque despegó los labios para protestar.

Y entonces fue cuando sucedió el milagro: se abrió la puerta del salón y apareció un joven fornido de veintidós años, *lord* Richard Pfanzzlig, la «cierta persona» a la que la chica había aludido.

Tess no había planeado el encuentro; la espectral coincidencia de su aparición hizo que se le erizara el vello de los brazos. Tenía un

aspecto alborotado por el viento y copos de nieve que relucían en su espeso y oscuro cabello; su nariz autoritaria brillaba roja del frío y la capa se enroscaba con dramatismo a su alrededor.

A Tess se le aceleró el corazón, aunque él no estaba allí por ella. No lo quería para sí ni envidiaba a Jeanne (más de lo normal); pero tenía una figura romántica y ella no era inmune al romance, a pesar de todo.

Lord Richard Pfanzig se quitó la capa con un movimiento brusco, la lanzó hacia una silla y erró el tiro; a nadie le importó. Todas las miradas habían quedado prendidas en su entallado jubón granate y oro, sus calzas aunadas y sus relucientes botas. O tal vez en sus ojos, que miraban con ardor a Jeanne desde el otro extremo de la estancia.

Jeanne no lo pudo resistir. Profirió un chillido y se concentró aún más en la pastora de su bastidor. Tess suspiró para sus adentros, rezando para que su hermana no desperdiciase la ocasión.

—Me he enterado de que *lord* Chauncerat se propone pedir vuestra mano —declaró *lord* Richard, y se llevó un puño al pecho—. ¿Llego demasiado tarde?

Así que por eso había venido. Tess reanudó su labor con cierta satisfacción. Por supuesto, *lord* Chauncerat no había hecho ninguna proposición; era daanita, indiferente a las mujeres, pero lo guardaba en secreto. Tess lo había descubierto o, mejor dicho, lo había adivinado porque algo en su mirada le había recordado al primo Kenneth. A cambio de su silencio, *lord* Chauncerat le había permitido utilizar su nombre en vano y soltar el minúsculo rumor de que podría sentir cierto interés por Jeanne.

Era lo único que se necesitaba en la corte. Echabas una moneda de cobre en la máquina del chismorreó, cada lengua le sacaba brillo

y salía irreconociblemente dorada. Para cuando el rumor llegara a oídos de *lord* Richard, lo habrían inflado a proporciones disparatadas. Él había irrumpido como si esperase interrumpir la boda misma.

Jeanne no conseguía recuperar la voz y Tess la sacó del apuro:

—En efecto, *lord* Richard, habéis llegado justo a tiempo.

El rostro del joven se iluminó como si hubiese hablado la propia Jeanne y no su oráculo personal al otro extremo del diván. A Tess no le importó. Habría introducido la mano en la espalda de su hermana y le habría movido la boca como al títere de un ventrílocuo si hubiese sido menester.

Lord Richard cruzó la habitación de tres zancadas e hincó una rodilla ante Jeanne. El bastidor del bordado se interponía; Tess lo enganchó con el pie y lo retiró. Los ojos de Jeanne se dilataron al verlo alejarse, dejándola sin otra alternativa que mirar a *lord* Richard directamente.

Bajó la vista a sus manos. Tess maldijo en silencio.

No era que a su hermana no le gustase el pretendiente; el problema consistía en que sí le gustaba, y mucho, pero había sido educada bajo las rigideces de san Vitt, que la obligaban a mantener sus deseos en riguroso secreto. Era demasiado difícil conciliar ambas cosas.

Tess lo sentía por ella, aunque eso era importante.

Lord Richard tomó las manos de Jeanne (¡hábil Richard!) y ella alzó por fin la mirada, sonrojándose. Tess advirtió con satisfacción que era bonita incluso ruborizada. También Richard pareció pensarlo así, porque se llevó sus nudillos a los labios.

Tess intentó no mirar, a pesar de que se suponía que era la chaperona, garante de que nada se desmadrara. En el fondo, deseaba que las cosas se desmadraran un poco. El pensar que hasta la pura y virginal Jeanne era una simple mortal le habría sosegado el corazón.

Como si *lord* Richard le hubiese leído el pensamiento, le soltó las manos a Jeanne y volvió a ponerse de pie, con metro y medio de decoro entre ellos. Tess suspiró.

—Jeanne —continuó él con voz ronca y el corazón en la garganta—, quiero casarme con vos. ¿Aceptaríais a un hombre como yo?

¿Un hombre rico y apuesto que parecía loco de amor por ella? A menos que fuera tonta de remate. Tess cortó un hilo suelto con las tijeras; no le había enseñado a Jeanne a ser tonta. No había cometido todos los errores en los que quizá hubiera podido caer, no había renunciado a todo para que Jeanne ahora se quedara ahí sentada sin pronunciar palabra, como si fuera tonta.

—Di que sí, Ne —murmuró Tess con la aguja entre los dientes.

Jeanne se levantó, recatadamente envuelta en su vestido verde de diario, e hizo una reverencia a *lord* Richard. No debería haber ninguna vacilación, pero de todos modos Tess se descubrió a sí misma sudando, con los ojos clavados en la pareja, el alto y moreno frente a la baja y pálida. *Lord* Richard se toqueteaba un botón del jubón, cosa que a Tess le parecía humana y adorable. Si Jeanne lo rechazaba, iba a costar mucho encontrar otro pretendiente la mitad de apropiado.

Con una voz tan segura y fuerte que Tess apenas podía creer que la que hablaba fuese su hermana, Jeanne anunció:

—*Lord* Richard, aceptaría vuestra proposición con gusto, pero ¿comprendéis la posición de mi familia? A mi padre le han retirado injustamente su licencia de abogado y tenemos problemas desde entonces. Me sentiría avergonzada de cargar sobre vuestra casa un peso tan grande; por eso no puedo acceder a casarme con vos sin estar segura de que conocéis las muchas obligaciones que contraeríais conmigo.

Tess se quedó boquiabierta; eso no estaba en el libreto. O sea, era verdad, la familia necesitaba desesperadamente casar a Jeanne por dinero,

aunque nadie podía, o debía, decirlo en voz alta. Era un juego en el que todos participaban, pero que nadie reconocía. Tess se sintió un poco mal. Le había preocupado que su hermana pareciese demasiado mercenaria, y ahí estaba la propia Jeanne poniendo las cartas sobre la mesa.

Sin embargo, *lord* Richard sonreía y no con una sonrisa forzada de «¿en qué me he metido?», sino con una llena de calidez y amabilidad que casi la dejó sin aliento.

—Querida mía, no hay obligaciones que vuestra familia pueda cargar sobre mi casa que no podamos llevar con facilidad ni tome yo por vos con más gusto.

¡Por los Santos del Cielo, era perfecto! Jeanne no merecía menos. ¿Cómo habían tenido tanta suerte? Si Tess sintió autocompasión por su propio infortunio, por Val y Dormidio y todo lo demás que había perdido, reprimió el sentimiento casi antes de darse cuenta. No era el momento; era el momento de Jeanne, y era perfecto.

Agotado su coraje, Jeanne regresó a su naturaleza tímida y candorosa. Balbució unas palabras encantadoras de agradecimiento; Richard, llevado por la pasión, volvió a cogerle de las manos. Lanzó una rápida mirada a Tess para pedir permiso. Tess asintió con la cabeza y al pronto desvió los ojos a su bastilla.

Ahí dejó de vigilarlos. Los miró de soslayo y creyó que le iba a estallar el corazón cuando *lord* Richard besó a Jeanne de manera casta en la mejilla. Tess recordaba esos goces, aun cuando nunca los experimentaría de nuevo; claro que quería más que eso para Jeanne —¡debía besarla al menos en los labios!—, pero *lord* Richard proveía de una casa tan devota y estricta como la de ellas y la pasión no podía anular la educación. No aquel día, en todo caso.

Tampoco se demoró para no dar pie a habladurías. Uno de los grandes atractivos de Jeanne, a falta de dinero, era que no se veía

envuelta en el menor escándalo. Era la inocencia personificada. *Lord Richard* no se arriesgaría por comprometerse con ella.

Cuando se fue, Jeanne se giró hacia su gemela. A Tess se le heló la sonrisa al comprobar que los ojos de su hermana estaban anegados de lágrimas.

—Cariño mío, confío en que esas lágrimas sean de dicha —dijo Tess con dulzura, tendiéndole la mano.

Jeanne se desplomó sobre el diván y apoyó la cabeza sobre su hombro, donde empezó a llorar de verdad.

Tess dejó a un lado su labor y la rodeó con los brazos.

—No, no. ¿Por qué estás triste? Si te desagrada *lord Richard*, te buscaremos otro. No importa el dinero, no importa cuánto tiempo tardemos. Papá y mamá se las apañarán para enviar a Paul a la escuela. Seraphina intervendrá y lo arreglará todo... —En realidad, no lo haría porque no podía, y Jeanne lo sabía tan bien como ella, pero sentía que debía seguir dándole a la lengua para mantener elevado el ánimo de su hermana—. Aparecerá algo que nos ayude. Siempre lo hace.

Jeanne se sacó el pañuelo del corpiño y se lo llevó a la goteante nariz.

—No es eso, Sisi. Estoy encantada de casarme con Richard. Creo que puede que esté un poco enamorada de él.

Tess, desprevenida, se enderezó ligeramente.

—¿Cuál es el problema, entonces?

Jeanne tenía las mejillas moteadas como un huevo de codorniz sonrosado y los ojos enrojecidos.

—No puedo evitar acordarme de que tú eres mayor que yo, sea lo que sea lo que finjamos ante el mundo. No merezco este honor y esta felicidad, cuando deberían ser tuyos.

A Tess se le encogió el corazón, rezumando la dicha desinteresada que había sentido antes. Aunque ¿no era eso lo típico? Ella no sólo no obtenía lo que debería haber sido suyo por nacimiento, sino que ahora tenía que consolar a la adorable y bondadosa Jeanne, a la que acongojaba tal injusticia. Tess no solía sentir verdadero resentimiento hacia su hermana, aunque en ese instante sí lo experimentó. Aliviar la culpabilidad de Jeanne, por encima de todo lo demás, parecía ya mucho pedir.

—Vamos, vamos —dijo, dándole otra palmadita en la espalda—. Las dos sabemos que tengo lo que me merezco. De haber valorado de verdad cualquiera de esas cosas, ten por seguro que habría tenido la sensatez de no rechazarlas.

Jeanne dio un sorbetón y asintió. Tess miró hacia otro lado; no quería que su hermana detectase el menor atisbo de enojo en sus ojos. No era culpa de Jeanne; cada onza de culpa se le podía atribuir a la propia Tess. Se podía y se debía. La asumía con todas sus fuerzas.

Sólo una hermana horrible y desagradecida podría enfadarse con la adorable y dulce Jeanne.

Tess anduvo el resto del día atendiendo a *lady* Farquist, riendo con las bromas de los caballeros durante la cena, guiando los pasos de Jeanne hacia la imperativa *soirée*. Jeanne y Richard intercambiaron prolongadas miradas de un extremo a otro de la estancia, pero no se dirigieron el uno al otro más que una palabra galante. A Tess le traía sin cuidado lo que hicieran; aguardaba el momento de estar por fin sola.

Alrededor de la medianoche, Tess cerró la puerta de su pequeño cuarto. Técnicamente, era un tocador; su hermana «mayor» tenía el gabinete principal de la alcoba. Rebuscó detrás de los vestidos colgados de Jeanne y tres pares de zapatos, y sacó una pequeña botella de

licor de ciruelas que había enviado *lady* Morena. Se racionaba el contenido religiosamente porque no sabía cuándo iba a poder conseguir otra. No obstante, esa noche se llenó el vasito tres veces. Le subieron incontenibles vapores por la nariz (el licor de ciruelas no estaba tan bueno como parecía), haciéndole toser cada vez que exhalaba, pero no le importó. Se dejó caer sobre su catre, con un agradable mareo, y otra vez despertó el júbilo en ella, una única burbuja de esperanza.

Después de dos años en la corte y de haber asegurado con diligencia el futuro de su hermana, Tessie sería libre.

π

Al día siguiente, trotó colina abajo hasta Villa Lavonda para comunicar a mamá el compromiso. Jeanne no podía ir: había ascendido a dama de honor, lo cual significaba que, mientras que Tess sólo tenía que vestir a *lady* Farquist (y a Jeanne), Jeanne tenía que acompañar a *lady* Farquist en la corte y ser una compañía amigable para la anciana. El ascenso de Jeanne era perfectamente aceptable para Tess, dado que exhibía a su hermana en la corte mientras ella trabajaba entre bastidores. También le permitía conseguir algo de tiempo para sí misma sin que la echaran de menos.

No es que fuera muy a menudo a la ciudad. Y cuando lo hacía, una de cada tres veces iba quemada; tres, cohibida. Sabía que era mejor no andar persiguiendo sus propios intereses egoístas. Ir a comunicarle a mamá la buena nueva, sin embargo, no era...

Sí, lo era. Tess sería la primera en sacarle una sonrisa, no Jeanne. Nunca parecía capaz de escapar del todo a su propio egoísmo, hiciera lo que hiciese.

Estaba tan pletórica con la noticia que se dirigió a la casa equivocada, a su hogar de la infancia, que se situaba junto al santuario de santa Siucré, y llamó a la puerta. Se dio cuenta de su error y, antes de que al criado le diera tiempo a responder, se batió en rápida retirada, dejando unas delatoras huellas de pisadas en la nieve.

El primer matrimonio de papá con una dragona en forma humana había sido ilegal cinco veces; no podía haber equivocación alguna en la ley goreddi al respecto. El que fuese un jurista y hubiese sido engañado sólo lo hacía más embarazoso. La reina Glisselda, gracias a su amistad con Seraphina, le había perdonado y salvado la vida, pero ni siquiera ella pudo impedir que el colegio de abogados revocara su licencia y lo apartara de la práctica. Asesoraba en el nuevo tratado dragontino de la reina, aunque en esa época de paz apenas le ocupaba la jornada completa. Daba clases en el seminario como adjunto de manera intermitente y, de vez en cuando —tapándose la nariz—, asesoraba a sus parientes políticos Belgioso en sus empresas económicas.

Por desgracia, la familia había ido contrayendo deudas poco a poco desde que empezaron a salirle escamas a Seraphina, cuando papá intentó apaciguar a una esposa dolida e irritada con vestidos y criados y porcelana fina. No se apaciguó la esposa y la casa fue hipotecada hasta el alero. Aun así, podría haber salido todo bien si hubiese llegado el dinero que esperaba tras la muerte de su madre.

No había recibido más que una misiva de su hermano mayor, Jean-Philippe, señor de Dombegh, que decía: «La casa de la ciudad era tu parte de herencia, idiota. ¿Acaso pensabas que madre iba a ablandarse e incluirte de nuevo en su testamento? Hacia el final, la vieja corneja ni siquiera recordaba tu nombre».

Tess se besó un nudillo hacia el Cielo por su abuela. El tío Jean-Philippe no valía lo que una pulga de la cola de «la vieja corneja».

Hacía un año que vendieron la casa de la ciudad, después de irse Tess y Jeanne a la corte. La mitad del dinero obtenido se fue escapando por el enorme sumidero de la deuda y tres cuartas partes del resto estaban reservadas para la dote de Jeanne, como inversión con más probabilidades de obtener fuertes beneficios.

El nuevo piso apenas estaba a unas calles de distancia; Tess emprendió el camino de vuelta, callejones arriba y pasada la iglesia de San Brandol. Estaba en el otro lado de la plazoleta, encima del de un cartógrafo, y se accedía por una escalera exterior de peldaños inestables y resbaladizos festoneados de carámbanos. La joven pasó el dedo por la barandilla de madera, arrojando una lluvia de hielo que se hizo añicos en el adoquinado de abajo.

A esa puerta no hacía falta llamar. Ni siquiera cerraba del todo. Entró en el salón-cocina-comedor, donde su madre estaba amasando pan mientras enseñaba aritmética a su hermano pequeño. Aunque existía la creencia común de que las amas de casa goredi no sabían sumar, cualquier mujer nacida en la ciudad era capaz de llevar un libro de contabilidad, y Anne-Marie no sólo era nativa de la ciudad, sino también una Belgioso, apellido vinculado a los negocios. Un mercader sería el primero en decir: «La esposa que sabe sumar y restar, además de multiplicar, es una honra para su casa».

Tess corrió una silla y se sentó frente a Neddie.

—Tengo noticias para ti, mamá —dijo, sin reparar en que estaba interrumpiendo la clase. El compromiso de Jeanne era tan trascendental que no podía esperar. Así que relató toda la historia, adornando el sentido del deber de Richard y omitiendo los besos, pese a lo inocuos que habían sido—. Lo van a anunciar oficialmente en el baile de la Víspera del Tratado de la Reina —concluyó. Richard se lo había comunicado en una nota esa mañana—.

Tienes que venir, por supuesto. Tendremos que estar junto al duque y la duquesa y...

—Debía habérmelo comunicado ella misma —dijo mamá al tiempo que estampaba la masa de pan sobre la mesa, levantando una nube de harina.

—Hoy Jeanne tiene trabajo —replicó Tess sin convicción. No había nada satisfactorio para esa mujer, ni siquiera cuando se le traía una buena nueva—. La noticia te llega antes que a nadie de la corte. He pensado que preferirías saberlo cuanto antes.

—Has pensado en robarle protagonismo —masculló mamá, que arremetía contra la masa con los puños.

Una chispa de ira calentó el pecho de Tess; se había reprochado a sí misma por eso, pero le dolió cuando su madre lo expresó con palabras.

—Estoy aquí con la bendición de Jeanne. Sabes que no le gusta el ruido.

—«La envidia es la termita de la buena fe» —dijo el mayor de sus hermanos varones, el Repelente Paul, citando a san Vitt. Se alisó su oscuro cabello con una mano y le sonrió con suficiencia.

—No soy una envidiosa —afirmó Tess, fulminándole con la mirada—. ¿Cuánto son trece por diecisiete?

—Vete al infierno —contestó Paul, que tenía casi trece años y podía acumular bastante veneno.

—Esa lengua, Paulie —intervino mamá, que seguía dándole puñetazos a la masa—. Son doscientos veintiuno, y a estas alturas tendrías que haberlo memorizado.

Tess miró a su madre incrédula.

—¿Esa lengua? ¿Esa es toda tu regañina? Cuando vendiste la casa, ¿vendiste también tu genio?

—Tess —dijo su madre con un temblor en la voz que dejaba claro que no tenía carácter.

—Cuando yo era pequeña, *Paulie*, me habrían zurrado por no saber multiplicar —soltó Tess.

Había recibido un número de golpes con la cuchara equivalente al resultado fallado; 221 había sido el máximo que había recibido. Cualquiera otro número desaparecería de su cabeza cuando fuese vieja y estuviera senil, pero el 221 lo tenía grabado de manera perenne.

Aun así, no se atrevió a contar la historia entera. Mamá tenía el cabello rubio recogido bajo un gorro y una redecilla, y Tess pudo ver que le palpitaba una pequeña venita de la sien, señal de lo mucho que le estaba subiendo la presión. Por más que Tess se repitiera que una dama de compañía era demasiado mayor y digna como para abrazarse a las rodillas de su madre, una parte de ella no acababa de creerlo.

Por supuesto, mamá no tenía que levantarle un sólo dedo; al menos, cuando tenía dos pequeños suplentes en esa mesa minúscula dispuestos a sustituirla.

—A lo mejor es que somos tan listos que no necesitamos que nos metan la aritmética a base de palos —dijo Nedward el Terrible, que tenía diez años, apartándose su pelo rubio de los ojos con la punta de la pluma.

—No hay castigo capaz de enseñar a nuestra Tess —dijo Paul—. Esa es la razón de que corriera a San Bert en busca de *conocimientos*. —La última palabra la acompañó de un gesto ambiguo.

Eso fue cruel. Tess lo sintió profundamente, aunque su cara no reveló nada. No obstante, lo que dijo su madre fue peor:

—¡Niños! ¡Dejad de meteros con vuestra hermana! —Como si mamá fuera la buena, atenta con Tess, intentando no herir sus sentimientos. Mantenerse con las manos limpias.

Tess miró furibunda a su madre, llena de reproche y rabia. Los niños habían aprendido de alguien a ser repelentes.

Y con todo, la culpa nunca se había pegado a mamá. Por mucho que Tess quisiera odiarla, comprendía demasiado bien lo que había sufrido a manos de su marido y por las humillaciones de su hermana mayor. Esa era la expresión de mamá ahora al arrojar con un paf la masa trabajada en la bandeja de hornear, la expresión lúgubre del sufrimiento prolongado.

—Ya que te vas, deja esto de paso en casa de Loretta —le pidió mamá, tendiéndole la bandeja. La despachaba.

El piso, a diferencia de la casa en la que habían vivido antes, carecía de horno. Se podía guisar un estofado a fuego lento en las brasas o asar algo pequeño —una liebre o un capón— en un espetón con el fuego vivo, aunque no había posibilidad de hornear el pan, a menos que recurriera a las vecinas.

Tess cogió la bandeja y ajustó el paño por encima, pero no se marchó. Necesitaba una respuesta y soportaría las miradas hostiles de sus hermanos hasta que la obtuviera.

—Mamá, creo que he cumplido con mis obligaciones aceptablemente bien. —¡Uh!, no, era un comienzo pésimo, impreciso y dulcificado. Probó de nuevo—: He hecho todo lo que la familia me ha pedido, sin pensar en mí misma. Jeanne estará bien establecida; habrá dinero para mandar a estos dos malandrines a la escuela de leyes y al seminario. Suficiente para que vuelvas a comprar algunas cosas de las que habías tenido que privarte: el coche, los vestidos, una cocina decente y un lugar donde alojar a tu familia. —Por no hablar de la, en otro tiempo, espléndida biblioteca de papá, sólo que no se atrevió a mencionarla; papá siempre era ignominioso y digno de reproche a ojos de mamá—. A la luz de todo eso —continuó sin atreverse a mirar a su madre—, esperaba que...

—¿Qué? ¿Que pudieras casarte tú también? —graznó Nedward el Terrible.

Tess le lanzó una mirada amenazadora, pero Paul ya estaba alzando el grito:

—No, ella quiere correr en busca de Serpientes del Mundo. ¿No te acuerdas de sus antiguas obsesiones?

—Yo creía que estaba loca por los chicos, no por los monstruos —se burló Neddie.

—Estaba loca por las dos cosas —continuó Paul—. Nadie está seguro de lo que la perturbaba.

—Por los nudillos de los Santos, ¿vais a parar? —gritó Tess, y estampó la bandeja del pan sobre la mesa que había entre ellos, haciéndoles saltar.

Miró a su madre, cuyos ojos se habían vuelto gélidos y distantes.

—¡Qué genio más desagradable tienes! ¿Acaso crees que has terminado, que has cumplido tu misión y eres libre de irte?

—Más o menos —respondió ella con cautela. Esa clase de preguntas solían ser la introducción de un sermón sobre por qué estaba equivocada.

—¿Y adónde exactamente te propones ir? —inquirió su madre, que se giró hacia el fuego y levantó la tapa del estofado. Burbujeaba ominosamente—. Has desperdiciado las oportunidades de casarte.

—No todo el mundo se casa —replicó Tess—. Podría trabajar de costurera.

—O de ramera —murmuró Paul. Los dos muchachos prorrumpieron en risas.

Mamá no comentó nada, lo que fue tan hiriente como cualquier cosa que hubiese dicho.

No había modo de no herir. Tess apretó los dientes para soportarlo.

Mamá rascaba el fondo de la olla; se estaba pegando el estofado.

—Los niños tienen razón: costurera hoy, pazpuerca mañana. Les pasa constantemente a las mujeres indefensas. —Se enderezó y estiró la parte inferior de la espalda, sin apartar los ojos de su hija—. Ya caíste una vez y te recogimos. No podemos seguir haciéndolo. Un convento te preservaría digna y te mantendría a salvo.

Tess abrió la boca para protestar, pero su madre la atajó:

—Tú te lo has buscado, Tess. No pienses que ya has ajustado tus cuentas. Como dice san Vitt: «Pagarás tus pecados diez veces diez lo que te costaron; pero, si has caído hasta dar en tierra, mujer, ahí habrás de yacer».

—Así que voy a yacer y a pagar —concluyó Tess furiosa—, sin remedio.

—Ya lo sabías antes de emprender obstinada el camino de la perdición —insistió la mujer, fría como agua de azanca—. Te he educado en el pleno conocimiento de las escrituras. Lo que sea que hayas hecho ha sido con los ojos abiertos y la barbilla levantada contra mí.

Ahora, agotada su rebeldía, a Tess le tembló la mandíbula. No cabía conversación con ella una vez que empezaba a citar las escrituras. Toda autoridad le era cedida a san Vitt, el santo más implacable y antipático de todos los Santos del Cielo.

Cabría pensar, tras la Guerra de Jannoula y la aparición de san Cazuela Astrosa (brille el Cielo sobre su escamoso pellejo), que los Santos habían aflojado un poco, quizá, su presa sobre el corazón de los goreddi. Los Santos de antaño se habían revelado como ityasaaris, semidragones, y eso debía haber dado lugar a más dudas, no a menos. Según esa definición, la hermanastra de Tess, Seraphina, era santa, y Tess consideraba que eso tendría que bastar para que cualquiera se

cuestionase todo el tinglado. Podía hacer una lista de las cualidades de Seraphina impropias en un santo —su aliento por la mañana y su forma ruidosa de masticar, cómo te retorció el brazo si entrabas en su habitación sin permiso, sus eructos y toda clase de defectos cotidianos y terrenales—; de todos modos, la conducta de una hermana no autorizaba a desacreditar a un panteón entero de santos.

Tras la guerra, la madre de Tess se había emboscado aún más en su fervor religioso, como una garrapata en la oreja de un perro.

No había discusión. No era sólo que la fe de mamá fuera inabordable, sino que Tess sabía en su interior que tenía razón. Por muy amargamente que pudiera protestar, se había hecho eso a sí misma y tenía su merecido. En cierto modo, era afortunada: san Vitt había defendido la lapidación de mujeres como ella, pero en la actualidad su madre jamás podría propugnar algo así.

Mejor dicho, podría, pero sólo si las piedras fueran palabras.

π

Al final, mamá y los niños no pudieron acudir al baile de la Víspera del Tratado para los esponsales. Dos días antes del feliz acontecimiento, cayeron enfermos de gripe —quizá contagiados por el bebé de la vecina, que tosió sobre su pan recién sacado del horno, o tal vez traída a casa de misa—. Sólo papá estaba lo bastante bien para acudir; nunca pisaba la iglesia (lo que parecía indicar que el pan estaba libre de culpa) y tenía muy poco contacto relevante con su esposa como para pillarla de ella.

Fueron cuatro las parejas que anunciaron sus compromisos en el baile. *Lord* Thorsten, al parecer inspirado por tantos amoríos en el aire, le propuso matrimonio a *lady* Eglantine delante de todo el mundo, lo

cual resultó embarazoso para él. Tess podría haberle advertido que no tenía ninguna oportunidad con ella, ya que conocía los asuntos de cada quien.

Eso sí lo echaría de menos de la corte. ¿Chismorreaban las monjas? Con su suerte, se le consideraría un pecado. Tess hizo una mueca, presintiendo ya el terreno en el que se metería en líos nada más llegar al convento. Estaba bien saber esas cosas con antelación.

Las familias de las cuatro parejas seguían de pie en el estrado de la cabecera del salón mientras toda la concurrencia aplaudía. Tess estaba triste por la exigua representación de Jeanne, sólo dos personas, y papá apenas contaba. Había adelgazado tanto desde que le privaron del ejercicio de la abogacía que casi no se le veía desde el otro extremo del salón. No obstante, Jeanne le cogió del brazo y asintió con la cabeza a Tess, que entendió que hiciera lo mismo, y tal vez eso fuese suficiente. Tal vez fueran recordadas como las gemelas Dombeigh llevando una rama entre las dos.

Los futuros parientes estaban invitados a una recepción privada en el Salón Azul, donde la reina Glisselda los felicitaría personalmente. Jeanne iba delante con la familia de *lord* Richard, que había viajado desde la provincia de Ducana para la proclama de los esponales: sus padres, el duque y la duquesa de Pfanzlig, y su hermano mediano, un individuo simpático y cabezón llamado *lord* Heinrich. Tess agarró a su padre del brazo para que no pudiese escabullirse y lo obligó a ir detrás.

—¿No podríamos saltarnos esto? —susurró papá cuando entraban en el salón—. La proclama ha terminado. Seguro que hemos cumplido con la debida diligen...

—Jeanne os necesita aquí —le espetó Tess. No tenía paciencia; todo lo referente a él le fastidiaba, desde su calva coronilla hasta la

anticuada hopalanda, con su actitud sumisa como pidiendo disculpas por seguir vivo—. Hacéis muy poco por nosotras. Podéis hacer de tripas corazón y socializar.

Escrutó la estancia para ver dónde tenían que estar. Richard y Jeanne conversaban con la reina en el otro extremo de la habitación. El duque, la duquesa y *lord* Heinrich estaban cerca del centro con un pequeño grupo. Eran los únicos con quienes debía reunirse papá; Tess le llevó a rastras. El duque Lionel hablaba con grandilocuencia y Tess moderó el paso, consciente de que no era apropiado interrumpir a un duque. En cuanto al primo segundo de la reina, retirado hacía tiempo, superaba en rango a todos menos a su alteza y al príncipe consorte.

—Desapruebo la decisión de la reina, y no me importa decirlo —dijo, agitándose la blanca melena.

Tess se detuvo, temerosa de lo que pudiera decir el duque a continuación. Una de las críticas a la reina perjudicaba a su propia familia: la peculiar relación de los reales primos con Seraphina. Nadie, ni siquiera las hermanas de Seraphina, sabía mucho a ciencia cierta, aparte del hecho de que Seraphina vivía en el ala del palacio de la real familia. Sin embargo, aquello era alimento de sobra para la especulación —y suficiente para manchar la reputación de Jeanne si se era de espíritu estricto y censor—. Tess consideraba que habían tenido suerte de que nadie hubiera pensado en pintarlos con ese pincel en particular.

—¡Por las pelotas de los Santos, así se lo dije a la cara! —pontificó el duque Lionel, ajeno a la ansiosa presencia de Tess a su espalda—. No está bien dejar que los quigs anden por ahí aterrorizando a gente inocente, le dije. «Encerradlos por las noches como solía hacer vuestra abuela o esto va a volver y a morderos el trasero». Y tanto que lo harán... Puede que literalmente.

Hubo respingos a su alrededor, escandalizados de que osase hablar con tanta desenvoltura de la retaguardia de la reina.

—¿Y qué respondió ella? —exclamó un caballero entrado en años.

El duque Lionel alzó sus hombros poderosos.

—En el fondo, sabe que tengo razón. Es ese idealista, el príncipe consorte, el que le mete esas ideas en la cabeza. Él o santa Seraphina.

Tess se erizó al oír el «santa» asociado al nombre de su hermana, y aun así era un alivio en este caso. Esa sería la razón de que a Jeanne no le recriminaran el cuestionable parentesco con Seraphina. Eran creyentes. Por definición, un santo no podía cometer errores.

A diferencia de Tess. Tess tenía que velar por mantener bien ocultos sus pecados.

Se acercó discretamente junto a su padre.

—Disculpad, duque Lionel, duquesa Elga, *lord* Heinrich. —Hizo una reverencia completa a cada uno. Se suponía que tenía que haber un tercer hijo, *lord* Jacomo, el más joven, pero al parecer no estaba presente.

—Tess Dombegh, si no me equivoco —dijo el duque Lionel, como lo haría un hombre convencido de que no se había equivocado en toda su vida—. La hermana gemela de Jeanne, la más joven. ¿Es este vuestro padre?

—Sí —respondió Tess.

El duque Lionel alargaba ya su mano enorme y estrujaba los dedos flácidos con su apretón. Papá soltó un gritito de alarma. Tess se crispó.

—Bien hallado, caballero —profirió el duque. Su cordialidad sólo parecía desanimarle más—. Vuestra Jeanne es una gran muchacha. Richard está embelesado con ella, y ni siquiera mi esposa le encuentra una sola tacha. Podríamos poner un guisante debajo del

colchón de Jeanne y, sin duda, por la mañana le habría marcado un moretón.

Acompañó esta sentencia con un guiño horrible. La duquesa Elga, con el cabello entrecano cubierto por una caperuza samsamesa, pareció ofenderse ante este comentario, y tal vez estaba a punto de decirlo cuando Heinrigh prorrumpió:

—¡Jamás creímos que encontraría a alguien lo bastante bueno para madre! Teníais que haber visto las muchachas que ha rechazado. Os lo aseguro, he aprendido la lección. ¡Más vale dejar que escoja ella y ahorraros un montón de inconvenientes!

El semblante de la duquesa mudó de ofendido a lívido, pero Heinrigh no pareció advertirlo. Esbozó una sonrisa amplia y estúpida, como un apacible perro de aguas que no tiene la menor idea de cómo han acabado las cortinas en el suelo con huellas de barro por todas partes. Era espantoso y, aun así, Tess se descubrió a sí misma con ganas de rascarle detrás de las orejas.

—Es raro encontrar una dama joven tan pura de espíritu como vuestra Jeanne —dijo la duquesa por fin con voz afectada—. La habéis educado piadosamente, consejero Dombegh.

—Lo hemos intentado —respondió papá con una inclinación de cabeza.

Tess luchó por no poner ojos de asombro. Papá y «piadoso» no encajaban en la misma frase, y sabía que «pura de espíritu» era un eufemismo de virginidad. Pura de cuerpo se ajustaba más al asunto, pero la duquesa nunca sería tan grosera como para pronunciar la palabra «cuerpo». Probablemente ni siquiera había pensado nunca en la palabra.

Tess aceptó una copa de vino espumoso de un paje y le dio un sorbo rápido. Le asentó el estómago, que se le había revuelto un poco

con la conversación sobre Jeanne como si fuese una ternera en el mercado. Bien cebada. De toro desconocido.

—Id por ellos —les dijo el duque a su esposa y a su segundo hijo con un gesto desdeñoso de la mano—. Traed a Richard y a Jeanne aquí con nosotros. —Cuando se marcharon diligentemente y la mayoría del corrillo de nobles se dispersó, el duque pasó el brazo alrededor de los esqueléticos hombros de papá—. Bueno, recordádmelo, sois el padre de santa Seraphina, ¿cierto? ¿Vuestra primera esposa fue la dragona?

—S-sí —respondió papá, y le lanzó una rápida mirada de pánico a Tess. Esta, que sentía el calor que se propagaba bajo sus costillas, imaginó que no podría recordar cuál de sus esposas había sido dragona.

—¿Y cómo era *eso*? —preguntó el viejo duque, profiriéndole a papá un irritante golpe de camarada en el estómago.

—Seraphina era una niña difícil en algunos sentidos... —empezó papá.

—¡Eso no! —gritó el duque—. Vuestra esposa dragona. ¿Qué tal os iba con ella? ¿Es cierto lo que dicen, que los saar tardan en calentarse, pero que una vez que han empezado son tan ardientes como el sol?

Papá quería que se lo tragase la tierra. Tess le habría cavado gustosa un hoyo, pero sabía cuál era su deber. Lo habría sabido incluso ebria.

—Ay, papá —se quejó con vocecita aniñada—, ¿qué está insinuando? ¡Mis inocentes oídos no comprenden lo que quiere decir!

El duque Lionel se rio.

—¡Disculpadme, joven doncella! Se me olvidaba que entre los presentes hay algunos a los que aún no ha tocado la corrupción de la

carne. Comprendo que hayáis decidido manteneros pura y delicada para el Cielo.

Tess dilató sus húmedos ojos, los más ingenuos entre los ingenuos.

—No tengo más ambición que servir a los Santos.

El duque hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Mi hijo menor, Jacomo, está en el seminario estudiando para el sacerdocio; lo conoceréis en la boda. Es un joven de lo más piadoso y estoy seguro de que tendréis mucho en común.

Tess sintió que se le endurecía el corazón —no podía tener nada en común con un estudiante para sacerdote—, pero mantuvo una afectuosa sonrisa. El vino ayudaba, y mucho. Era capaz de hacer todo lo que le pidieran sin rabia ni rencor; sus sentimientos eran tan insignificantes como una mosca de la fruta ahogándose en el fondo del vaso.

La duquesa Elga regresó con Richard y Jeanne a remolque.

—¡Ah, mi encantadora Jeanne! —exclamó el duque Lionel—. Estaba felicitando a vuestro padre por vuestra educación moral. Es raro y refrescante encontrar a una dama de vuestra posición con una reputación tan inmaculada.

Otro equivalente de «virgen». Tess se maravillaba de la cantidad de maneras que había de decirlo y de que fuese la credencial más valiosa que poseía su hermana.

Casi parecía una lástima casarla y perderla.

—Queremos fijar como fecha de la boda el día de San Munn —señaló Richard.

—No, no puede ser; faltan menos de cuatro meses. Demasiado pronto —replicó su madre, con sus finos labios torcidos en una mueca—. La gente pensaría que tenéis prisa.

Y «prisa» significaba un embarazo agorero. Era impresionante la cantidad de significados que podían caber en una sola palabra. ¿Cómo era posible que tales palabras no se desmoronaran bajo su propio peso? Tess hacía girar lo que le quedaba de vino y lo meditaba.

—Tenemos prisa —confirmó Richard, apartándose su oscuro cabello de la frente—. Primero: porque amo a esta dama. —Jeanne se sonrojó de manera encantadora—. Y segundo: porque su hermano Paul cumplirá pronto trece años y espera ingresar en la Escuela de Leyes de San Fingal, según tengo entendido. —Hizo un gesto de asentimiento a papá, que respondió con otro. Paul iba a seguir los pasos de papá, evitando, naturalmente, los sitios donde él había tropezado.

La duquesa adoptó una expresión escocida.

—Vivimos tiempos permisivos, Richard, y supongo que no puedo disuadirte. Cuando yo era joven, en Samsam recibíamos enseñanza del sacerdote durante seis meses, hacíamos una peregrinación a San Abaster y nos sometíamos al rito de Novigsvigilt en nuestra noche de bodas.

—Madre —soltó Richard en tono de advertencia.

—Pero ¿qué es Novigsvigilt? —preguntó Tess, curiosa a su pesar.

—No hagáis que lo explique —gimió Richard.

—No seas pusilánime —lo regañó la duquesa, dándole un azote con el extremo de su larga manga—. En Samsam, cada familia manda un representante para que vigile la consumación del matrimonio y asegurarse así de que no hay fraude. No os podéis imaginar cuántas muchachas, ya mancilladas, se esconden en el corpiño un pequeño cuchillo, para herirse una pierna y manchar de sangre las sábanas. A veces las ayuda el nuevo marido. —Entonces lanzó una mirada fulminante a *lord* Richard, que parecía escandalizado de que ningún varón que apreciase su hombría intentara algo así.

—Pero ¿y yo qué? —preguntó *lord* Heinrich con ansiedad. Era más bajo que *lord* Richard y había quedado oculto detrás de él.

—¿Tú qué? ¿Te ofreces voluntario como observador? —*Lord* Richard le dio a su hermano un codazo en las costillas.

—¡No! Pero madre quiere casarme con una joven condesa sam-samesa —explicó Heinrich con una mueca—. Me estás diciendo que su familia enviará a alguien a observarnos..., ¿no? —Se puso muy colorado.

—Por supuesto que lo hará —espetó la duquesa—. Tu padre y yo pasamos por ello. Tendrás que mantener la cabeza alta y soportarlo.

—Propongo a Jackie por nuestra parte —dijo *lord* Richard riendo, ya que el estudiante para sacerdote Jacomo no estaba allí para defenderse—. Estará encantado, sobre todo si abraza una orden sometida al celibato.

—Tu hermano puede ser santo testigo mientras reza por vuestras almas inmortales —replicó la duquesa Elga mientras su expresión adoptaba la dureza de la madera.

Eso puso fin a toda broma procaz, para gran alivio de Tess. De lo contrario, habría tenido que buscar una forma de pararlo. Jeanne tenía lágrimas en los ojos; la estaban poniendo nerviosa.

Sólo al final de la velada, cuando las gemelas recorrían los oscuros pasillos del palacio hacia sus aposentos, Tess le dijo a Jeanne:

—Tu futura suegra hace que mamá parezca todo un encanto. ¡Y el duque! Me figuro que, si tienes dinero y rango suficientes, puedes decirle lo que se te antoje.

—Sisi —dijo Jeanne en voz baja—, he hablado con Richard y considera que es una buena idea: ¿qué dirías si te ofreciéramos venir con nosotros al castillo de Rocamarog?

—No me voy a perder tu boda, tonta —respondió Tess, cuya agilidad mental se vio menguada por el vino—. No pueden meterme en un convento de golpe y porrazo.

—Me refiero a venirte a vivir con nosotros en lugar de ingresar en una comunidad —apuntó Jeanne—. Podrías hacerme compañía y, cuando lleguen los niños, podrías ejercer de aya. Yo apreciaría tu compañía en..., en esa nueva casa.

«Con la familia de Richard», completó Tess para sus adentros. El duque Lionel era pomposo y ofensivo; la duquesa Elga, estricta y agria. Heinrich parecía bastante inofensivo, aunque un poco estúpido, pero el hermano menor, el seminarista, sin duda era una manzana caída no lejos del árbol. Tess escogió un rasgo de cada progenitor: «pomposo» y «agria».

Si Jeanne se lo hubiese propuesto sólo un día antes, habría aprovechado la ocasión, siguiendo el principio de que cualquier cosa es mejor que un convento. Sin embargo, después de conocer a la gente con la que tendría que compartir la casa, se sentía sorprendentemente indecisa.

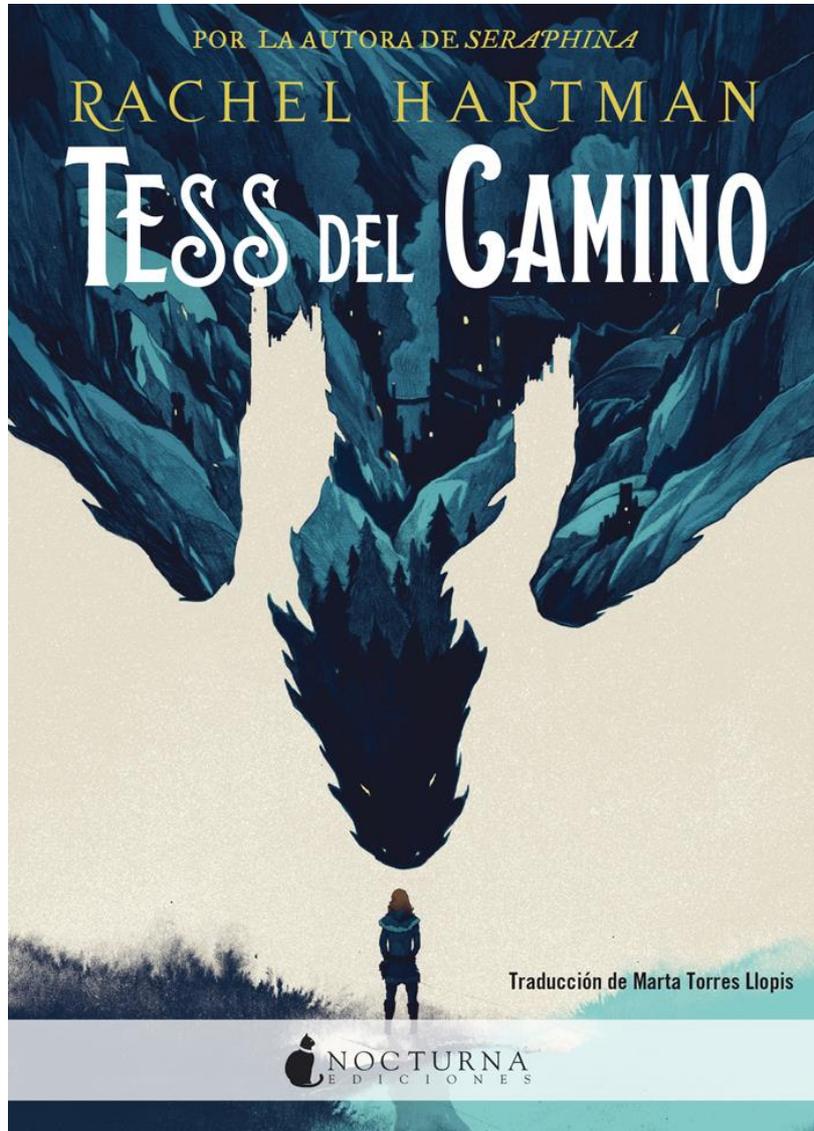
Aunque no, ahí estaba Jeanne apoyada con firmeza en su brazo y suspirando, con su rubia y adorable cabeza caída bajo el peso de sus temores. ¿Cómo podría decirle que no? ¿Qué clase de corazón despiadado podría oponerse a Jeanne? Besó a su hermana en la coronilla y dijo:

—A mamá no le gustará, pero por supuesto que iré, cariño. Dondequiera que estés tú, se hallará siempre mi hogar. Nosotras contra el mundo.

SIGUE LEYENDO

TESS DEL GAMINO

RACHEL HARTMAN



ISBN: 978-84-16858-92-7 | PVP: 18,00 € | A la venta: 3-6-2019

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com